

LA ESCALA DE VALORES



Es un hecho cierto que cada uno de nosotros tenemos una escala de valores diferente relacionada con la educación que recibimos de pequeños, con aquello que nuestra familia supo transmitirnos, y con lo que cada uno fue capaz de construir con su propia existencia. Por eso, algunos son muy libres de pensar que el lujo y el confort están relacionados exclusivamente con el mármol en el suelo, la grifería del baño o el vehículo en el que nos desplazamos. Por el contrario, otros pensamos que nada de eso tiene valor si, como sucede en Sotogrande, los cimientos de la vida en comunidad están mal planteados y son de pésima calidad.

En la cotidiana convivencia entre personas de culturas, origen y formación tan dispares hemos de ser capaces de ponernos de acuerdo en lo básico, en las normas elementales que nos permitan poder estar cerca los unos de los otros, excluyendo cualquier otra consideración de orden social o económico. Y esto no puede apartarse demasiado de lo que es de sentido común. Estarán de acuerdo conmigo en que el lujo es lo más alejado de la suciedad, del ruido, de la mala educación, de la carencia de seguridad y de la falta de intimidad. Por eso, es necesario que nuestros políticos comprendan de una vez que nuestro entorno nunca se desarrollará como una zona verdaderamente lujosa si persistimos en el aspecto tercer mundista que siguen mostrando las aceras o las cunetas de las carreteras que nos rodean. Por no hablar de los parterres y rotondas, en las que se pueden ver durante meses todo tipo de suciedad. Es insoportable que junto a los magníficos campos de golf y polo la porquería impere en todos aquellos espacios que no dependen de la iniciativa privada. Son asuntos básicos en esa escala de valores que todos sin excepción debemos defender. Como ha de serlo la mejora de la educación de nuestros conciudadanos, poniendo especial énfasis en los insoportables ruidos en los que nos obligan a vivir inmersos.

Si somos capaces de ponernos de acuerdo en estos valores básicos podremos compartir cosas, y habremos puesto los cimientos para darle a nuestra zona el impulso necesario para llegar a considerarla residencial de primer orden; para mí en meramente habitable. Casas lujosas y basura en su entorno es una fórmula incomprensible e inexistente. Entorno lujoso y ruidos a todas horas es como querer juntar el agua con el aceite.

Es evidente que cada uno se fabrica la escala de valores a la que tiene acceso, pero también es incuestionable que nada se puede construir de futuro sin unas bases elementales de convivencia. Las cosas pueden ser humildes e incluso austeras, pero si están limpias y cuidadas lucen con esplendor. No hay más que volver los ojos hacia nuestros pueblos del interior. Para mí Castellar es más lujoso que Sotogrande: lo acredita la ausencia de basura, su paz, sus jardines y parterres relucientes. Se nota que los habitantes se han implicado con sus autoridades, único camino capaz de conseguirlo, y se sienten orgullosos de su pueblo. Pero lo mismo pasa en Gaucín

o en Jimera de Libar, sin olvidarnos de la preciosa Cortes de la Frontera. En todos estos pueblos, su modestia cuidada y distinguida resaltan la limpieza y la tranquilidad como los verdaderos valores que ninguna zona turística ha logrado alcanzar. El necesario desarrollo no puede convertirse siempre en destrucción del entorno natural, suciedad, contaminación, ruidos infernales, y unos cuantos listillos llevándose el dinero en carretillas, con la connivencia tácita de las autoridades de turno. Un dinero que, por desgracia, nunca sirve para ser hacerles más cultos y solidarios.